

HURTADO

❖ La democracia no existe gracias a la emisión del voto que se cuenta y de partidos fuertes y millonarios, hace falta un eslabón: ciudadanos que se involucren.

Elecciones sin ciudadanos

JAVIER HURTADO

El proceso electoral en curso marcha viento en popa: los precandidatos con sus precampañas; los candidatos esperando que se les dé el banderazo de salida para la realización de sus campañas; los partidos políticos aceitando sus maquinarias para conquistar la participación y adhesión de los electores para sus hombres y sus propuestas. Sin embargo, en todo esto existe un eslabón perdido: los ciudadanos.

Infinidad de reformas se han realizado para reglamentar las precampañas; acortar la duración de las campañas; transparentar y fiscalizar el financiamiento que reciben los partidos y sus candidatos; otorgar a los partidos mayores cantidades de financiamiento público y de prerrogativas para el acceso a los medios de comunicación; y para un largo etcétera de modificaciones legales que han tenido como preocupación fundamental las organizaciones políticas, sus candidatos, así como una mejor preparación, organización y desarrollo de los procesos electorales. Empero, los derechos y las formas de participación de la parte más importante de una democracia ha quedado olvidada: la ciudadanía.

No es necesario un esfuerzo especial para darnos cuenta que a los organismos electorales, y menos aún a los partidos políticos y a los gobiernos, no les interesa mucho crear ciudadanía o fortalecer los derechos de ciudadanía en cada proceso electoral.

No les interesa que existan ciudadanos, sino clientes (a los que se les pueda comprar su voto o lealtad); televidentes manipulables a través de spots publicitarios, y/o creyentes a los que se les diga que para votar volteen a ver los colores del cielo. Seres inermes que aparezcan de manera fugaz cada tres años y cuya participa-

ción se reduzca al mero ritual de acudir a depositar una papeleta en una urna.

Eso, cuando deciden participar o se logra que acudan a los centros de votación. Pasada esta ocasión, mientras menos aparezca el ciudadano en la escena pública mucho mejor.

Hemos llegado a la paradoja de arribar a la llamada fase de "ciudadanización" de los organismos electorales sin haber pasado antes por la ciudadanización de los procesos electorales.

Se ha ciudadanizado la administración electoral sin haberlo hecho antes con la democracia y las elecciones dando a los ciudadanos derecho a impugnar actos y decisiones de los partidos políticos y sus dirigentes; se han promovido reformas electorales contrarias al interés público; no se ha dado a los ciudadanos derecho a participar de una forma más activa y razonada en todo el proceso de elección de sus representantes y gobernantes ni derecho a ser votados sin la intermediación de los partidos.

Para decirlo de una forma simple y llana: colocamos la carreta delante de los bueyes.

No nos confundamos, la abstención electoral es síntoma de esta enfermedad y no la enfermedad en sí misma.

No se puede crear ciudadanía con spots de televisión. Cada hora se repite hasta el cansancio: "piénsale", "informaté", "compara", pero no se nos dan los elementos para realizar esos ejercicios y que de ellos se pueda derivar la participación y la emisión de un voto razonado.

Ser ciudadano no significa sólo poseer una credencial de elector y acudir a votar—cuando se hace—cada tres años. Ser ciudadano implica ser miembro de una ciudad—que, junto con el Estado, es una de las más grandes creaciones sociales del ser humano— con todos sus derechos y obligaciones. Un elemento activo y no pasivo de la vida política estatal.

Ciudadano es aquel que es capaz de ocu-

Continúa en siguiente hoja



Fecha 12.03.2009	Sección Primera - Opinión	Página 13
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

parse tanto personal como colectivamente de los intereses comunes y tiene participación en los asuntos públicos. Por eso para Aristóteles un buen ciudadano es un hombre virtuoso.

En nuestros días la participación ciudadana efectiva en los asuntos de la ciudad se da principalmente a través de su intervención en la definición de las obras y servicios públicos así como de su incidencia en la elaboración y diseño de los presupuestos municipales.

La participación de la ciudadanía es también fundamental en el objetivo de la recuperación de los espacios públicos que hayan sido privatizados por la acción de

mafias o grupos delincuenciales. Mientras no se garantice ni se incentive la participación de la ciudadanía en asuntos como éstos, menos podrá avanzarse en favorecer los derechos de ciudadanía civil, social y cultural de segunda generación.

Lo que no se ha entendido es que si la ciudadanía es débil, el Estado será débil, con todas las consecuencias que para la plena vigencia de esos derechos ello puede suponer.

Lamentablemente, la actitud de desdén de políticos y gobernantes respecto a la ciudadanía encuentra un nefasto aliado en la postura de ciertas organizaciones de

lo que se da en llamar "sociedad civil" para las que su fortalecimiento pasa necesariamente por el debilitamiento de las instituciones gubernamentales. Nada más falso: las libertades políticas y la plena vigencia de los derechos de ciudadanía sólo se pueden lograr con un Estado en plenitud que esté en aptitud de tutelar las primeras y garantizar los segundos.

No puede existir una mejor democracia sólo con votos que se cuenten y con partidos políticos fuertes y millonarios si no tenemos ciudadanos activos y participativos que sean tomados permanentemente en cuenta en todos los asuntos públicos y gubernamentales.